He venido esta tarde hasta aquí, no sólo porque me lo pidió un amigo que trabaja a diario en medio de vosotros por lo mismo que yo he luchado a lo largo de mi vida y tiene las mismas convicciones que profeso y en las que espero, sino también por un sentimiento de gratitud que, como cofrade veterano y comprometido, siento y quiero expresar ante la impagable labor que en este colegio se está haciendo.

He venido porque estamos ya en vísperas, seguro que lo percibís, está en el ambiente, en las ondas, en los calendarios, en las conversaciones y en el corazón. Seguro que notáis que la ciudad entera va a vivir ya un acontecimiento largamente esperado, aguardado cada año con ilusión y se prepara de muchas maneras para una fiesta que nos llama y convoca. Una conmemoración anual para verla y, sobre todo, para vivirla con intensidad y sentirla con emoción. Yo he venido también para deciros a todos los que me oís que, de ninguna manera, os la perdáis.

Con lo que aquí, en este Colegio de Gamarra se está sembrando el Viernes de Dolores, además de fomentar el mensaje religioso que las cofradías ponen cada año en la calle como testimonio de fe, se está emitiendo al mismo tiempo otro mensaje esencial en la formación de los jóvenes: incentivar la participación, eso que en lenguaje de hoy se expresa con el "ser proactivos", ese no veáis la vida pasar ante vosotros con los brazos cruzados, ni permitid que el tiempo se os escape entre los dedos como si fuera arena. Ante las recurrentes razones para el desánimo, que están siempre al alcance de la mano de los cantores de catástrofes, y la reiteración con que hoy se les recuerda a los jóvenes que no lo tienen nada fácil y que el panorama que les rodea y las perspectivas que se contemplan no invitan muchas veces al optimismo, está el antídoto infalible de la educación, de la formación en los pilares que sostienen nuestra civilización y nuestra cultura, esos valores que en colegios como éste nos transmitieron a todos desde la infancia, con ilusión y alegría, animándonos con insistencia a que de ninguna manera fuésemos pasivos, que participáramos allí donde estuviéramos; que nos moviéramos en los distintos ámbitos

en que nos colocara la vida; que saliéramos siempre afuera a contagiar a los demás nuestra ilusión y nuestro gozo.

Salir a la calle. Tenemos además la suerte de que en Málaga la calle no es la intemperie sino un hálito confortable y benigno con el mar al sur y un sol que dora la Ciudad del Paraíso que habitamos. En la calle la realidad nos interpela y nos concierne. Ahí, no en la pantalla (que engaña) ni en el pinganillo (que aísla), está el cara a cara con la realidad, unas veces grata y otras incómoda, que en unas ocasiones te conforta y en otras te agarra por las solapas y sacude. Esa es la realidad nada virtual ni ficticia, y desconocerla es un error. Ahí, en medio de quienes nos rodean a diario está ese prójimo con el que los cristianos estamos obligados y comprometidos por el mandamiento del amor. Interactuar con ellos cara a cara es nuestra obligación y nuestra dicha. Porque ahí, en el gesto preciso, en la sonrisa luminosa, en la mueca terrible, en la mirada inequívoca de la inteligencia, en el quejido desgarrador de la pena o en el arrobo inefable ante una caricia, está esa maravilla atroz y espléndida que llamamos vida.

Ahí fuera está el trueno y el violín; la injusticia y el heroísmo; el odio y la abnegación; el rumor de las olas en la noche y hedor agrio de la miseria; los endecasílabos de Dante y los eructos del Rufián de turno. La belleza serena de los luceros, vistos al alba y el desgarro ante la muerte inexplicable de los inocentes. Las ecuaciones y el mar; los ocultos algoritmos con que los poderosos oprimen y el rap urbano del tran-trán diario. Este mundo inabarcable, en suma, al que, curso tras curso, promoción tras promoción, desde aquí se accede hace muchos años revestidos con las armas de la luz, de los principios cristianos y de los valores cívicos.

En medio de ese mundo de hoy, con su mucho Patio de Monipodio o Campo de Agramante en medio de cual, queramos o no (ojalá queramos) estamos todos, los jóvenes y los de todas las edades. Y tenemos la grave obligación de transformarlo sacando del interior de cada uno lo mejor que llevamos dentro (que suele ser los que nos enseñaron en nuestra familia y en nuestro colegio

de pequeños). Eso solo es posible siendo activos, participando, saliendo a la calle desoyendo en el agobio la tentación por ese interrogante perverso *"¿del todo esto para qué?"* ante un mundo que, cada vez parece más claro, se nos ha ido de las manos.

Esta tarde de marzo ante vosotros, parafraseando al gran Miguel Hernández, poeta altísimo y certero, os pregunto en singular a cada uno de vosotros ¿de qué te sirve *vivir en la ciudad del puerto si el corazón de barcos no se llena?*... De qué sirve que de aquí a diez días las hermandades desplieguen ante todos nosotros en la calles de nuestra Málaga la maravilla, siempre renovada y distinta, siempre atrayente y cautivadora de las procesiones, de los Cristos estremecedores alzados sobre tronos y de las deslumbrantes Vírgenes a bordo de los galeones de la Flota de Indias con todas las banderas desplegadas, si no abrimos nuestro corazón al mensaje amoroso y divino que la Semana Santa proclama cada año, y nos integramos, firmes y alegres, como nazarenos o acólitos, como músicos o bajo los varales, viviendo de lleno la plenitud de sentirse cofrade, es decir hermano de quienes comparten la responsabilidad y el gozo de vestir la túnica, de lucir con orgullo legítimo los colores de su cofradía.

Por que hay mil maneras de participar, es decir de tomar parte activa, en la celebración en la calle de la Semana Santa: ahí está desplegado, al alcance de todos, el amplio abanico de los que son cofrades y a la calle salen proclamando la adscripción sagrada a sus Titulares. Participar, sí, esa es la clave, integrarse, sentirse acogido y asumir con convencimiento y entusiasmo esa estupenda condición y salir a la calle acompañando a Jesús Nazareno y a María Santísima. Están los acólitos, ministros de ese altar andante que es el trono, alzando la cruz parroquial o enarbolando los altos ciriales que la iluminan. Están los monaguillos que con la naveta, la cestilla o el turíbulo, ponen en el aire el aroma religioso que envuelve a la imagen de Dios o de su Madre y tienen el privilegio inmenso de gozar de su cercanía; están los nazarenos que se revisten del hábito de la hermandad y en fila ordenada agitan esa palma que proclama la alegría ante el triunfo del Señor o que portan el cirio que alumbra la procesión con la llama de la fe.

Están las que lucen las galas tradicionales de las ocasiones solemnes, las mantillas que pertenecieron a sus madres o abuelas, para acompañar a los sagrados titulares. Y los hombres de trono que tienen el honor de sentir y compartir sobre sus hombros el esplendor del trono, que por más que pese y abrume en ocasiones, es dulce y llevadero. Porque, entre otras cosas, están los músicos, que no sólo tocan esos himnos en los que todos nos reconocemos cofrades, sino que con sus marchas vibrantes, animan y enardecen esos corazones que, en la madrugada, ya devuelta, empujan mucho más que los hombros y se vienen arriba.

Y los que, con arte, con mimo y con gracia infinita, enhebran los arreglos florales o tienen el privilegio íntimo y cercano de vestir nuestras Vírgenes como reinas gloriosas; y los abnegados que cuidan de los niños o disponen la cera que arde; y los que cantan saetas, y aquellos y aquellas que están para todo y en los mil detalles. Y los que desde los balcones, contagian su entusiasmo derramando pétalos que bajan ingrávidos al paso de las Vírgenes a bordo de sus naves bajo palios de ensueño. Porque debemos tener claro que no nos conformamos con que todo esto guste, ni nos basta con la aprobación o el respeto de los que asisten. Necesitamos también para no fracasar en nuestro empeño cofrade la sintonía devota de los que presencian las procesiones desde las aceras y conmover a cuantos ven el paso de un Cristo que nos sacude e interpela desde su cruz alzada sobre hombros.

¿Cómo se puede ser indiferente o ajeno a lo que va a pasar dentro de unos días en Málaga? La indiferencia es triste, es anodina y, sobre todo impropia de la condición del joven, cuya primera obligación es comerse el mundo y transformarlo. La indiferencia es la antesala siniestra del pasotismo y conduce a la abulia y sus nefastas consecuencias. Todo lo que nos rodea nos concierne y nos llama, si es que estamos vivos y con los ojos bien abiertos.

Permitidme que insista: hay que optar, y optar, además, apasionadamente, para vivir la celebración en la calle de la Semana Santa y tenemos ante todos nosotros el amplio espectro de las hermandades, cada una con su impronta y talante y es

preciso elegir, integrarse en la que nos diga algo o nos llegue; en la de nuestra familia o en la de nuestra parroquia; en ésa que nos emociona y conmueve; en la de nuestro barrio o en la de aquel Cristo con el que nos dimos de cara, una tarde de abril que no hemos olvidado y nos cambió la vida.

Está el río blanco y alegre que precede a la Virgen Novia del Rocío cuando la tarde es azul y baja por el Altozano; está la maravilla, severa y fervorosa del Cristo de la Expiración, llevado en vilo sobre el Arca de la Alianza; está, de malva y oro, la Virgen de la Trinidad, aclamada por guapa en la Plaza de Montes; están los Estudiantes cantando su himno bajo los varales: *Alegrémonos, pues, ahora que somos jóvenes;* están los rezos fervorosos a la Virgen de Servitas en las tinieblas de la noche; están, en fin, alzados los guiones, temblando las palmas, al aire los estandartes, *rasgando los tules de primavera* las gloriosas trompetas, las cofradías en nuestras calles convocándonos, poniendo una vez más en pié, esa celebración, vibrante y única, que llevamos tan dentro, esa conmemoración sin par que, con toda emoción y convencimiento, llamamos Semana Santa de Málaga.

Optar, si, elegir, integrarse con generosidad y vivirlo con apasionamiento y compromiso. Cualquier cosa menos quedarse en casa; cualquier cosa menos pasar, menos ignorarlo y que alguien nos pueda hacer luego, pasada la Semana Santa, el reproche del Camino de Emaús: *Tu solus peregrinus est in Ierusalem.* ¿Es que acaso eres tú el único que no se ha enterado de lo que ha pasado estos días en Málaga?...

Y entonces, dispuesta el alma, alerta los sentidos, se abrirán las puertas y saldremos a la calle, cumpliendo un mandato evangélico, porque la calle es hoy ese *cruce de los caminos* al que Jesús el Nazareno envió a sus discípulos. Salir a la calle es, en palabras o expresión de hoy, *salir de la zona de confort*, esa en la que con tanta frecuencia nos instalamos y sentidos cómodos, esa en la que permanecemos enclaustrados, temerosos casi de que nos

dé el aire y necesitamos que alguien alguna vez nos empuje y nos ponga en movimiento.

En el culto público, en salir a la calle, insisto, con Jesús y María sobre nuestros hombros proclamando la fe y anunciando su mensaje amoroso, está la razón de ser del cofrade. El ámbito natural del cofrade es la calle, no la capilla y, mucho menos la capillita, ese mero ejercicio estético-sentimental en que a veces –pongámonos la mano en el pecho- incurrimos para nuestro propio descrédito, cayendo en la autocomplacencia estéril y, en ocasiones, ridícula.

En la calle está la periferia de la que habla el Papa Francisco, allí están los alejados y los que esperan; la calle es el campo en que sembrar la buena nueva y el cofrade sale a la calle para anunciar al Resucitado.

Sí, dentro de nada, al toque primero de la campanilla, se abrirán las puertas y, alzada la cruz-guía, enhiestos los ciriales, perfumado el ambiente con el religioso aroma del incienso, al son de los tambores que convocan y nos hacen presentes, saldremos en procesión con la cruz por delante. La procesión tiene su razón de ser y su sentido, es el pueblo de Dios en marcha, es nuestra peregrinación anual hasta el templo. Cuando, revestidos con nuestras túnicas, cuyos colores simbolizan, nos identifican (y nos igualan) salimos en procesión estamos caminando, estamos siguiendo, acompañando, a Jesús manifestando públicamente nuestra adscripción sagrada y nuestro compromiso con Él. Se trata de la peregrinación interior, del viaje al centro de uno mismo en la soledad acompañada de las filas de los nazarenos, o sintiendo la sensación reconfortante de la mano sobre el hombro del cofrade que va de tras de ti arrimando el hombro por lo mismo que tú. La ocasión para meditar con el cirio donde tiembla la llama de la fe y hay que resguardarla de la brisa, combando la mano, para que no se apague.

En ese reguero de luz y devoción que es la procesión, con los cirios en alto, el sentimiento latiendo en el corazón y la emoción a

flor de piel, vamos con los nuestros, rodeados de los hermanos, por eso nos llamamos cofrades, firmes y rearmados en nuestras convicciones, acompañados de nuestra propia familia, esa de la que heredamos la fe, esa que nos inculcó desde la infancia la devoción por Jesús y la Virgen, trayéndonos a la hermandad. En la procesión, *juntos como hermanos,* proclamamos nuestra filiación cristiana acompañando a nuestros sagrados titulares ofreciendo a cuantos la presencian desde las aceras y los balcones, el mensaje de amor y salvación que Ellos nos proponen.

Ahora que todo está ya muy cerca y esperamos con impaciencia los días que se avecinan, cargados de sentimiento y emoción, yo entono aquí esta tarde un canto de alabanza y expreso mi reconocimiento y mi respeto al cofrade, esa persona activa y comprometida que como nazareno se reviste –de ninguna manera se disfraza- con su túnica para salir en procesión cada año. La túnica es una prenda venerable y querida, que por encima de todo nos identifica, dice quienes somos y a quién pertenecemos. ¡Cuanto he aprendido viendo a hermanos de mi cofradía que cuidan y miman su túnica como un objeto de alto contenido religioso y espiritual! ¡Cuanto me han hecho pensar cuando a veces he presenciado el especial cuidado con que la limpian o planchan!; la emoción con la que cada año la sacan del ropero con tiempo y la cuelgan como un repostero; la túnica extendida sobre la cama o pendiente de su percha en nuestro dormitorio, diciéndonos que estamos ya en vísperas, anticipándonos las emociones que estamos ya muy próximos a sentir…

Yo os animo a que valoréis vuestra propia túnica de nazareno o de hombre de trono, que la apreciéis como algo propio y querido, algo con lo que os revestís con convencimiento e ilusión, una vez al año, para una ocasión singular e importante en vuestra vida. Es esa misma túnica que vistieron vuestros abuelos y padres, las que con tanto amor y arrobo os pusieron por vez primera cuando niños. O la que vosotros mismos –cada uno sabe por qué o por quién- eligió un día como propia: El verde de la esperanza… el morado del sacrificio… el rojo del amor… el azul de María Santísima… sus colores, no son caprichosos o arbitrarios ni

responden al gusto o a la estética, sino que significan algo concreto que a nosotros nos dice y, además, nos dice mucho. Yo os invito a eso que en frase hecha se llama ahora *sentir los colores*, es decir, apreciar el símbolo que identifica y señala a quien nos honramos en pertenecer y por eso lo proclamamos. Porque no nos vale, -no debe valernos- en esta hora de pasotismo y confusión, ser hermanos de una cofradía, queremos también que los demás lo sepan, que los demás tengan muy claro nuestro orgullo legítimo de ser de La Salud, de Los Estudiantes, de La Esperanza, de Nueva Málaga o de Gamarra.

Porque no es que merezca la pena ser cofrade, es que se siente el gozo y acude, templada y suave al pecho, la grata satisfacción de serlo. Porque sentirse hermano reconforta, porque gratifica ser de aquellos que se complican la vida por una causa, la de Jesús el Nazareno, y por ella trabajan, unidos a sus hermanos, a lo largo de todo el año confiando en la bondad divina. Una causa por los demás, hecha en nombre del Evangelio, que enamora, que compensa y recompensa.

En la calle estamos y estaremos cada año con fe y con entusiasmo, con una estética propia –que de ninguna manera repudiamos- y unas maneras que hemos heredado de nuestros mayores con las que vivimos y expresamos nuestra propia fe. Porque la forma de difundir nuestro mensaje, el mensaje de Jesús, de hacerlo llegar a los demás con vocación, es decir, con propósito de llamarlos para que se unan a nuestra causa, debe ser siempre, para que sea eficaz, una forma atrayente y suasoria que invite y contagie.

Sin ir más lejos, lo que aquí en este Colegio de la Hijas de Jesús se está haciendo desde hace unos años, sembrando en buena tierra, cultivando con dedicación y viendo ya los frutos espléndidos de un quehacer diario sostenido a lo largo del tiempo.

Cofrades de Gamarra es ya una marca, una viva y personalísima demostración de lo que puede levantarse en poco tiempo cuando se tienen claras la ideas y se sabe bien lo que se quiere, a dónde se

pretende ir y cual es el buen camino. Cuando se sabe que la educación es un camino y que la enseñanza es bastante más que transmitir saberes.

Madre de los colegiales, de los cofrades de Gamarra y de cuantos a ella se acercan, Nuestra Purísima Madre del Buen Camino nos conmueve con su dolor sereno y contenido, plena de unción pero distinta, actual y puesta al día, por así decir, nos atrae y enamora. No es posible pasar de largo ante ella o limitar a un breve vistazo a la contemplación de su pena insondable. El arte sacro y la excelencia de la imaginería nos conduce aquí a eso tan importante (y mucho más cuando se está educando) que es pararnos a pensar; a detenernos ante la dulzura indecible de Nuestra Madre, a fijarnos en ella sin prisa; a musitar una plegaria en su alabanza; a tratar de comprender ese ademán de llevarse la mano al pecho o a interpretar qué significa el nacarado librito que sostiene.

Como cada Viernes de Dolores, dentro de nada, de aquí a una semana ya, dispuesta y preparada por los suyos, recogido con gracia su manto (para echarse a andar), envuelta en el aroma de la santidad, emprenderá con sus hijos el camino, ese itinerar unidos tras la cruz, que es la procesión. Las dilatadas lindes del colegio, sus capillas, pabellones y edificios, su parque y sus jardines se convierten en esa luminosa mañana en la Ciudad de Dios por dónde la Dolorosa del Buen Camino, precedida de su Hijo y rodeada de los suyos, cofrades de Gamarra, proclaman su buena nueva y su mensaje. En esta otra Jerusalén, con sus mismas palmeras y su mismo sol, con el mismo aire templado del Mediterráneo, Cristo entrará y paseará triunfante, recibido con la alegría que proclama el agitar de las palmas y las campanillas. Y todos nosotros, desde la vera del camino, contemplaremos otra vez con arrobo a la Dolorosa de Gamarra, con su corazón de plata traspasado y entenderemos conmovidos que no hay dolor como su dolor.

Porque la melodía gloriosa de las marchas, el brillo de las túnicas y los estandartes, el temblor de las palmas en el limpio aire de los jardines, el resplandor dorado de los varales, los primorosos

arreglos florales, los detalles cuidados con mimo y devoción, son homenaje a Jesús, amor de los amores y a su Purísima Madre, nimbada de gracia celestial, pero al mismo tiempo son maneras cofrades, formas atrayentes y muy nuestras, de proclamar quien es el camino, la verdad y la vida, y quienes somos nosotros.

Nosotros somos los que estáis aquí, cofrades de Gamarra, los que orgullosos del legado amoroso de vuestros padres, que a este Colegio os trajeron, sabiendo muy bien en manos de quienes os ponían, transmitís ahora a vuestros hijos esa herencia de fe y devoción, esos valores cristianos de hermandad que escenifican cada año las procesiones en las calles.

Y todos, sin faltar ni uno, estaremos allí implicados y concernidos por lo que está pasando ante nuestros ojos la mañana del Viernes de Dolores. Porque todos hemos colaborado de muchas y distintas maneras en la labor minuciosa que supone poner en ese espléndido jardín, que para muchos de vosotros es el de vuestra infancia y vuestros recuerdos escolares, la brillante realidad de la procesión, la maravilla de Jesús y la Madre del Buen Camino alzados sobre tronos a hombros de los suyos, que son los vuestros, mecidos con pasión en medio de la música que invita al entusiasmo.

Así que ahora, hecho ya el trabajo, pasados los desvelos y las preocupaciones de los preparativos cofrades, con su mucho de gozo anticipado y su pizca inevitable de preocupación, solo queda vivirlo, y sentirlo con el corazón dispuesto. De aquí a una semana, se abrirán las puertas y de la Capilla Grande, saldréis juntos con los vuestros (que son todos, los de antes en el recuerdo dulce y los de ahora al alcance de vuestra vista) en procesión por vuestro Colegio.

Yo he venido hasta aquí es tarde para deciros a los Cofrades de Gamarra que lo viváis con emoción para recordarlo con alegría y todos los que me oís para pediros por Dios que de ninguna manera os lo perdáis.